



Columna

Raúl Caamaño Matamala,
profesor Universidad Católica de Temuco



21 de febrero

21 de febrero. ¿Por qué poner atención a esta fecha? Porque desde hace unos años se conmemora en el mundo y, en particular, en los países miembros de las Naciones Unidas, el Día Internacional de la Lengua Materna. Lengua materna es toda aquella lengua que es empleada por cualquier miembro de una comunidad de hombres y mujeres que se comunican en una lengua que les es común y que han adquirido de sus progenitores. ¿Por qué materna? Porque invariablemente la hemos adquirido de nuestra madre, en particular quienes hemos tenido la fortuna de tenerla como nuestra matriz.

El 21 de febrero no es solo una fecha en el calendario, es un recordatorio de que la lengua no es solo una herramienta de comunicación, sino el primer mapa que usamos para entender el mundo. La lengua es, literalmente, el tejido con el que empezamos a nombrar

El mapudungun está experimentando una evolución...

nuestras emociones y necesidades básicas. Es la voz que escuchamos antes de nacer. En un mundo que tiende a la homogeneización, en el que pocas lenguas parecen dominar

lo todo, el Día Internacional de la Lengua Materna busca proteger aquellas lenguas que están en riesgo de desaparecer. Cuando se pierde una lengua materna, se pierde una forma única de ver la naturaleza, el tiempo y la espiritualidad.

No solo hablamos una lengua, sino que vivimos en ella. La lengua materna no es un traje que nos ponemos, sino nuestra propia piel. Si una persona es privada de su lengua, se le está privando de vivir su propia historia. La palabra hablada o escrita es solo una fracción del mensaje. El silencio, los tonos, las pausas también significan en la comunicación. Así, entonces, el 21 de febrero es una oda a la vitalidad de las lenguas maternas, todas, más aun aquellas en riesgo de desaparecer. Si la lengua materna es nuestra matriz y el primer mapa de nuestro mundo, celebrar el 21 de febrero en el corazón de La

Araucanía no puede ser un acto meramente administrativo o de efeméride global, pues ese mapa está trazado en dos tintas que, lejos de anularse, deberían nutrirse.

Felizmente, el mapudungun está experimentando una evolución, lenta pero sostenida. Largo, larguísimo sería detallar cada una de las acciones, sin embargo, con saltos y retrocesos podemos afirmar que hay avances.

Narro aquello que sí sé. En la institución antecesora de la actual UCT, ya en los años sesenta se ensayaban en la academia acciones que en la siguiente década tendrían un resultado evidente, la publicación de un texto monolingüe con textos escritos por hablantes mapuches bilingües en un sistema ortográfico en el que participaron en su creación, el mismo, más o menos, que en la siguiente década, resultó como alfabeto mapuche unificado. Luego, se han conocido otros grafemarios, entre ellos, el azümche. Luego del texto monolingüe -Papeltuaiñ Mapudungu Meo!, ya en el año 2007, se realizó una versión bilingüe e ilustrada del anterior, con el nombre -Chillkatuaiñ Mapudungu Meo! ¡Leamos en mapudungun!, que es posible obtener desde el repositorio digital de la UCT.

En los últimos veinte años, he tenido la fortuna de impartir un curso electivo denominado Onomástica Indígena de Chile, que, en realidad, es una buena excusa para llegar a explicar o explicarnos los nombres -antropónimos y topónimos- de origen mapuche.

La tarea de salvaguardar nuestra herencia no termina con la edición de un libro ni en la firma de un convenio; late, fundamentalmente, en el aula viva. El curso de onomástica no es solo una oferta académica, es un imperativo ético para que las nuevas generaciones tomen el testimonio de aquellos hablantes que, en los años setenta defendieron su voz frente al olvido. Los invito a no permitir que la fuente matriz se seque; es, en buenas cuentas, decidir que el nombre se pronunciará en voz alta y con el orgullo pleno de quien se sabe dueño de su raíz.